

colección rúbrica



JAIME SÁNCHEZ-CRESPO



SUEÑOS DE GAEDRAMAR I

CORAZONES DE HIEDRA

esstudio  
ediciones

*Cosecha lunar*

—Vuestra hija está muerta —dijo el hechicero.

El velo que le ocultaba el rostro apenas se agitó al escupir aquellas palabras, que resonaron en la oscuridad de la caverna con la cadencia de un lamento. Las manos, repletas de anillos y pulseiras de madera y hueso, se habían encorvado al separarse del abultado vientre de Aym como garras huyendo de la mordedura del fuego. Ella estaba tendida sobre la piel blanca y greñuda de un grebón, que conservaba los característicos cuernos enroscados del animal. Al escuchar la terrible sentencia se echó a llorar, y las paredes de piedra le devolvieron el eco de su dolor. Gauwren, que había estado arrodillado a su lado en todo momento, le apretó un poco más la mano y clavó la mirada en el anciano.

—¿Estás seguro, viejo? Hace tres lunas dijiste que tendríamos una niña, y ahora...

El hechicero, que permanecía agachado sobre Aym, se movió tan rápido como si de repente una cuerda invisible le hubiera tirado de la espalda. Su figura, alta y terrible, se irguió ante ellos entre las sombras.

—Eres osado al hablarme así, Gauwren Delroth, muy osado... ¡Una niña era entonces, cuando aún vivía! ¡Eso es lo que os dije! ¿Acaso Mórduban el Sinuoso ha fallado alguna vez en sus predicciones? No me preguntaste si estaba seguro aquella noche

de invierno, cuando os avisé de la incursión de esos sanguinarios bargos que vosotros creíais más allá de la frontera. ¿Me equivoqué, tal vez, al decir que el Douinn se desbordaría a causa de las lluvias torrenciales? ¿No salvé vuestra cosecha?

—Mórduban —insistió Gauwren—, puede que esta vez...

—¡Silencio! ¡Contén tu lengua o me la quedaré como recuerdo!

El anciano avanzó hacia Gauwren, envuelto en una capa de plumas negras. Tenía la cabeza coronada por un picudo y voluminoso cráneo de ave, del cual colgaba el velo de piel que le tapaba la cara. Varias anillas de metal, engarzadas entre sí, tiraban de la parte baja del velo, y tras ellas asomaban cuatro delgadas y blancas trenzas. Estaban casi a oscuras, iluminados tan solo por los rescoldos de una pequeña hoguera; aun así, Gauwren creyó ver brillar los ojos del anciano bajo la fina piel que los cubría, y tuvo la sensación de que un aire gélido penetraba en su cabeza y se le derramaba hasta las mismas entrañas. Mórduban se inclinó sobre él, y las anillas tintinearón frente a su cara.

—No puedo contemplar el porvenir en la superficie quieta y cristalina de la laguna, sino en las ondas que allí se producen cuando remuevo sus aguas con las manos. Esas ondas se cruzan entre ellas al avanzar, y borran otras a su paso; por eso no todos los caminos que veo llegan a existir, y otros que existen hoy pueden desaparecer mañana. Pero dime, Gauwren..., dime si erré cuando predije hace años, en esta misma cueva, que la vaina de vuestro sagrado Gremmen se corrompería, dando un fruto arrugado e informe que no tardaría en secarse y morir. No le entregaste ese verano el preciado tributo a tu rey, mas sí pudiste avisarle para que llegara a tiempo de observar con sus propios ojos la malograda recolección, evitando un seguro castigo. Así pues... ¿Crees que alguna vez doy mis palabras a la ligera?

Gauwren no respondió. La ira que había sentido le abandonaba por momentos, y también los ánimos. Apartó la mirada del oscuro velo, que ya casi le rozaba.

—Perdónale, Mórduban —dijo entonces Alym—. Yo vierto ahora mis lágrimas, y derramaré mi pesar en esta horrible noche y en muchas venideras. Él, sin embargo, no sabe cómo expresar el dolor. Sé que el bebé no está vivo: desde la caída dejé de percibir su fuerza dentro de mí, pero no quise creerlo. Mi carne y mi corazón notaban que nuestro vínculo se había roto, aunque la cabeza haya tratado de engañarme. Te pido disculpas en nombre de mi esposo.

—No te disculpes..., joven, preciosa Alym —el hechicero se giró hacia ella—. Me quedan palabras dolorosas que entregaros y, por mucho que lo desee, no debo guardármelas. El golpe no solo dañó a la criatura..., tu matriz también está muerta. Tu vientre quedará seco y estéril como los páramos de Farayasii, y por más que lo intentéis nunca os dará un hijo.

Alym no lloró esta vez, aunque era cierto que le quedaban muchas lágrimas por derramar; pero gritó y maldijo a los dioses, y al propio Mórduban, y tal fue la furia en su voz que la cueva entera pareció estremecerse. Gauwren la detuvo cuando trataba de levantarse, le sujetó los brazos y poco a poco consiguió calmarla. Ella dejó de gritar, y al final acabó cerrando los ojos. Su marido le acarició el pelo con dedos crispados, mirando de nuevo al hechicero.

—Soy yo el que te pide disculpas, Mórduban. Sé que puedes entender mi dolor, y aún más el suyo. Acabemos con esto, te lo suplico... Sácasela.

Mórduban masticó sus pensamientos en silencio durante unos instantes, y no añadió nada más. Se acercó al improvisado lecho y se arrodilló junto a Alym, que a pesar de todo hizo el amago

de golpearle; pero las fuerzas la habían abandonado ya. El hechicero le sostuvo las manos y se las depositó, con sorprendente delicadeza, sobre su propio regazo. Después introdujo los brazos bajo el cuerpo de Aym y la levantó sin apenas esfuerzo. Gauwren se quedó donde estaba, sin moverse: sabía que no debía intervenir. Mórduban echó a andar con ella en brazos, mientras pronunciaba unas palabras en sumo valádrico, un idioma arcano conocido por la mayoría como *la voz de Sirsaim*.

—*Luthan devengri ël... ¡Dangaardri veshaksta devengri ädel!*

Los rescoldos de la hoguera temblaban, y de ellos surgieron de repente nuevas y altas llamas que hicieron retroceder las tinieblas hacia los rincones más alejados de la cueva. La luz se derramó sobre una pequeña laguna que se abría en mitad de la gruta, cuyas aguas cristalinas habían permanecido a oscuras hasta ese momento. Mórduban entró caminando en ella con Aym en brazos, mientras continuaba su tétrica salmodia. Al hacerlo el agua comenzó a brillar desde dentro: el anciano había robado con sus palabras una minúscula brizna de luz de luna y la envió al fondo de su laguna subterránea. Continuó adentrándose despacio hasta llegar al centro del desigual círculo, donde el agua le llegaba a la cintura. Allí sostuvo el cuerpo de Aym, flotando sobre la superficie. Bajo el vestido empapado se apreciaba su turgente desnudez. Los pechos llenos de leche esperaban unos pequeños labios que ya nunca sentirían; el vientre, hinchado y tenso como un odre, anunciaba falsamente la vida: en él depositó Mórduban la mano izquierda, y sus dedos apergaminados pellizcaron con fuerza la carne. El hechicero alzaba la cabeza hacia el techo de la caverna, declamando en su extraña lengua; la luz se concentró entre las piernas de la mujer, brillando con más fuerza, y entró en ella. Desde donde estaba, Gauwren creyó ver por un instante la silueta del bebé rodeado de

claridad, aún dentro del cuerpo de su esposa. Alym no gritó mientras la luz se lo sacaba.

La sangre tiñó la antes límpida faz de la laguna en torno a ellos. Mórduban extrajo el cuerpecillo amoratado del agua y cortó el cordón umbilical con un pequeño cuchillo en forma de media luna, surgido al parecer de la nada. La hoja despedía un tenue fulgor azul, y parecía hecha de luz. Gauwren, que había cerrado los ojos, se mesaba con saña el pelo rojizo, lustroso como un rescoldo bajo la luz de la hoguera. Rogó a los Dioses para que el anciano se hubiera equivocado esta vez, y esperó que el llanto de su hija se extendiera por la fría caverna y le retumbara en los oídos. Los siguientes segundos le parecieron una vida entera.

Permanecieron unas horas más en la gruta. La laguna había recobrado la oscuridad, pero las llamas de la hoguera se mantenían vivas y fuertes. Entre los dos llevaron a Alym al lado del fuego, y Mórduban le preparó en silencio un brebaje de aspecto inmundo que ella se negó a tomar. Al final Gauwren consiguió obligarla, y aunque el bebedizo hizo que vomitara al principio, pudo tragar lo suficiente para recobrar algo de fuerzas. El camino de regreso resultaría duro, pese a no ser mucha la distancia que les separaba de Trémund.

Mientras Alym dormitaba junto al fuego, el hechicero se dedicó a envolver el pequeño cuerpo nonato en un fino paño de color claro. Lo hacía muy despacio y en total silencio, con sumo cuidado y demostrando un profundo respeto. Gauwren estaba convencido de que, si pudiera ver el rostro del viejo, vislumbraría en él un gran dolor: sus maneras así lo indicaban, a pesar del estallido de furia causado por su insolencia. Pensó que Mórduban no era el responsable de su pérdida, y también en todas las veces que les había ayudado, tanto a ellos como a su pueblo. Y aun así le odió con toda el alma.

La luna, casi llena, se hallaba en su cénit cuando se dispusieron a partir. Aym estaba recostada en la parte trasera de la carreta, ya en el exterior, con la pequeña mortaja entre los brazos y la mirada perdida. Gauwren iba a subir al pescante cuando Mórduban apareció en el umbral de la cueva, apenas una sombra desdibujada contra la luz de la hoguera.

—Escuchadme una última vez, y escuchadme bien... Los Dioses de Gaedramar no se preocupan por vuestro sino, ellos tienen sus propios planes. No regalan nunca nada, y menos a unos simples mortales. Ahora los aborrecéis, como me aborrecéis a mí, lo sé. No importa lo que sintáis en estos momentos, pues el dolor os nubla la mente y no discernís con claridad. Pero os lo advierto, si volvéis a confiar en los Dioses..., si llegáis a creer que son generosos con vosotros después de lo sucedido, os estaréis equivocando. Si no tenéis en cuenta mis palabras, veo dolor en vuestro futuro; un mar de lágrimas que quizá os acabe ahogando, y que sin duda arrastrará a otros.

—Nunca hablas con claridad, viejo —dijo Aym, sin volver siquiera la cabeza hacia Mórduban—. Tampoco importa mucho, porque no soy capaz de imaginar un futuro peor que el que acaba de abrir sus asquerosas fauces ante nosotros. Hemos traído a este mundo el fruto de los Dioses desde niños, Gauwren y yo. Y así es como ellos nos lo pagan. Si es cierto que existen, no quiero nada de lo que puedan darme..., pues lo que yo deseaba más que mi propia vida se ha marchado para siempre esta noche. Así que guárdate tus visiones y tus advertencias, porque no volverás a saber de nosotros.

Mórduban los vio alejarse. Cuando el eco de los cascos se hubo extinguido, el anciano volvió dentro y se quitó el singular yelmo. Le habló a las sombras que le rodeaban, mientras removía la superficie de la laguna con los dedos.

—Te equivocas, pequeña Aym... nos veremos. Claro que nos veremos.

Las llamas bailaron sobre unos ojos fríos como piedras.

Llegaron a Trémund antes del amanecer. Gauwren metió la carreta en el granero, y tras bajar de un salto se dispuso a cerrar la puerta. En ese momento Aym trató de bajar por sí misma, sin soltar el pequeño fardo, pero apenas tenía fuerzas. Gauwren se asustó al girarse y ver que se tambaleaba; llegó justo a tiempo de evitar que cayera. La dejó en el suelo con cuidado, recostándola después contra una pared, y se arrodilló frente a ella.

—¿Qué crees que estás haciendo, Aym? No puedes...

—Déjame. Debo... enterrar a nuestra hija. Voy a enterrar a Lhaysia.

Gauwren se sorprendió al escuchar aquello. En Ymre no tenían por costumbre darle nombre a una criatura antes de que naciera, se creía que daba mala suerte. Cada uno de los progenitores iba pensando en posibles nombres, aunque no los compartían hasta el nacimiento por el mismo motivo. Al parecer Aym no solo había barajado varios, sino que además había escogido ya uno para su hija. Gauwren lo repitió para sus adentros. «Lhaysia». Él tenía unos cuantos en mente, pero aquel nombre se le clavó en el corazón nada más oírlo. «Es su nombre..., el que le habríamos puesto si hubiera vivido».

—Déjame enterrar a Lhaysia —susurró Aym, exhausta, intentando mantener los ojos abiertos—. Déjame...

—Yo lo haré —acarició la cara de su esposa con el dorso de los dedos, allí donde las lágrimas dejaron su rastro—. Yo enterraré a nuestra hija. Descansa.



Alym se había dormido. Gauwren le echó una manta por encima y se quedó sentado junto a ella, mirándola durante largo rato. Después los ojos se le desviaron hacia un objeto que descansaba en un rincón del granero: era un capacho de esparto, con un lateral a medio urdir. Su mujer lo empezó a tejer para la niña, y justo estaba a punto de rematarlo cuando sintió los primeros dolores. «Y ahora —pensó— ...Ahora tendremos que deshacernos de él». Tras besar la frente de Alym, Gauwren cogió el cuerpo de la criatura de entre sus brazos con infinito cuidado, y salió del granero. Siguió con la mirada el cauce del río. En el extremo más alejado del pueblo, justo tras las últimas casas de adobe y paja, apenas pudo columbrar el puente sobre el Douinn en la oscuridad previa al alba. Al otro lado estaba la explanada que usaban como cementerio. «Debería esperar a la mañana —se dijo—, y tallar un ñarion con su nombre. Eso sería lo normal. Pero... ya nada volverá a ser normal. Nunca». Un impulso le hizo darse la vuelta y dirigir sus pasos hacia el bosque, en la parte posterior de la casa. Antes de adentrarse en él se acomodó el fardo contra el pecho, sujetándolo con una sola mano, y con la otra agarró una pala que tenía fuera. Mientras se abría camino entre ramas bajas, zarzas y matorrales, allí donde solo los crueles Dioses podrían verle si es que se dignaban a mirar, Gauwren se permitió llorar por lo que acababan de arrebatarle. Enterró el pequeño cuerpo en lo más profundo del bosque y volvió a casa.

Al día siguiente, bien entrada la mañana, Raumlet y su mujer Orhai se acercaron a Gauwren mientras este trabajaba en el jardín del Gremmen. Orhai llevaba un bebé rollizo en brazos, y sus otros dos hijos —un niño y una niña— revoloteaban alrededor de ellos,

persiguiéndose el uno al otro. Cuando le preguntaron cómo había ido todo, Gauwren mintió, sin saber por qué.

—Cuando llegamos a la cueva de Mórduban, el bebé estaba a punto de salir. El viejo la trajo sin problemas, pero Aym y la niña están muy débiles después del viaje. Deben guardar reposo unos días.

—¡Te dije que tu simiente era fuerte, amigo mío, y que tendríais más hijos que una manada de corunclos! —Raumlet golpeó a Gauwren en la espalda con una mano que parecía una tabla, guiñándole un ojo—. El próximo será un niño, ancho de hombros y estrecho de mollera como su padre, ya lo verás. Si buscas un buen adivino por estos lares habla conmigo, no con ese viejo loco de Mórduban, que habla en acertijos y retruécanos y esconde la cara... Me pregunto cómo de feo debe de ser el condenado. ¡Deon! ¡Si vuelves a morder a tu hermana, tendrás que ir a buscar tus dientes al otro lado del río! ¿Me oyes?

—No le hagas ni caso a este zángano —intervino Orhai con una sonrisa—. Bastante tiene con adivinar dónde va dejando su propia cabeza. ¿Ya le habéis elegido nombre?

—Lhaysia —respondió Gauwren, sin detenerse a pensar en lo que decía—. Se llama Lhaysia.

—Vaya, vaya... Me gusta —dijo Raumlet—. ¿Y cuándo podremos ver a Lhaysia, entonces? Y brindar de paso por su llegada, como mandan los Dioses.

—Pronto. Muy pronto, seguro.

Muchos otros se interesaron por la recién nacida a lo largo de ese día y los siguientes, y a todos Gauwren les respondía lo mismo. Mientras tanto se dedicaba a cuidar del Gremmen, preparándolo para el momento de la recolección, sin pensar demasiado en ello ni en el porqué de sus mentiras. También cuidaba de Aym: